

DIARIO DE BITACORA
(II PARTE)

EL YUKON.- Si la historia de un país constituye una apropiada medida para calificarlo, el Territorio del Yukón es uno de los más notables de Norte América. Su pasado se remonta a los lejanos días en que mineros rusos y cazadores de pieles llegaron a la región desde lo que hoy es Alaska, seguidos pronto por los adelantados de la Compañía de la Bahía de Hudson que establecieron puestos de intercambio y de comercio de pieles con los indios. Llegaron después los primeros exploradores, los comerciantes que fundaron sus empresas mercantiles y unos pocos cateadores que sospechaban la existencia de oro por esos rumbos.

Naturalmente, el pináculo, resplandeciente de la historia del Yukón es el episodio conocido "la Fiebre del Oro" del Klondike. La procura del dorado polvo produjo privaciones, sufrimientos, pobreza y muerte; pero también presentó para unos pocos la riqueza, la aventura y las emociones que de antemano habían aceptado como respuesta al desafío de la quimera.

Un memorable 17 de agosto de 1896, George W. Carmack y dos indios llamados "Skootum" Jim y "Tagish" Charlie descubrieron unos inmensamente ricos lavaderos de oro en la quebrada Bonanza, tributaria del río Klondike, cerca de Dawson, un caserío situado en la confluencia de los ríos Yukón y Klondike. Las noticias sobre el filón se expandieron rápidamente, y la Fiebre del Oro se produjo en 1898. Como por arte de magia Dawson pasó de pequeña ranchería a Dawson City, explosivo centro de actividad febril que llegó a tener hasta 35.000 habitantes. Hoy después de un débil intento de nueva actividad debido a una falsa pista como treinta años atrás, Dawson City duerme sobre sus laureles dorados un sueño letárgico, con 500 habitantes nostálgicos que deambulan entre los escombros del pasado esplendor. Porque, eso sí, allí están presentes todavía, algo desvencijados y no poco achacosos los testigos de esa grande aventura del hombre en pos de la riqueza rápida y fácil. Este, aquí, es el establecimiento de Madame Trembley donde se adquiría a precios astronómicos "mode-los exclusivos de París" para exornar las gracias de las pupilas de la casa de Ruby", por cierto a costa de las faltriqueras de apasionados y rudos galanes de

luengos cabellos y barbas irsutas. Ese, allá, es el "Gaslight Follies", salón de baile, cantina y garito, donde actuaban bailarinas de can-can, brooklinenses a leguas, pero que embebecían a los alejados parroquianos con sus parloteos con acento francés. Aquel, el "Montecarlo", el temible rival del follies" que anunciaba además la inminente instalación de una pianola y cuya atracción más lujosa eran sus candelillas importadas de China. Algo más allá, el fastuoso "Flora Dora Hotel", con "camas limpias y comida abundante; cuartas seguras y pienso seco para las bestias", tanto o más costosas y cotizadas entonces que un automóvil de lujo hoy. Desperdigados en todas direcciones; restaurantes con Menús en francés, el del "Hotel Bonanza" y "El Sol de Medianoche", éste vecino de la sombrerería de Madame Zoong, caprichosa y estravagante dama autotitulada "Marquesa de Cualquier Cosa", colindante a su vez de la diminuta redacción, dirección e imprenta del "Dawson City News" que divulgaba con un retardo de sólo tres meses las notas escandalosas de Nueva York, Londres y San Francisco. Algo en las afueras, la cabaña donde vivió Jack London y escribió algunos de sus mejores cuentos en los momentos en que su ocupación temporal de piloto fluvial le permitía. Y todavía más lejos, la cárcel que no retenía entre sus barrotes mohosos sino a ladronzuelos y borrachines sin amparo, pues los matasietes, señores de la violencia, gozaban de la impunidad que confiere la ley de León.

La gran mayoría de los peregrinos del oro se volvieron a sus hogares con las manos vacías, pero a lo menos con vida. Unos pocos, los que lograron algo, se bebieron; se jugaron o se dejaron robar su caudal. Los menos se hicieron realmente ricos y se marcharon a tiempo para fundar dinastías plutocráticas. Otros, en fin, parte de los cien mil alucinados por la fiebre del oro, que acudieron en el tropel más dramático y pintoresco de la historia con una alforja al hombro, una pala, un cedazo y un deseo loco de opulencia fulminante, aportaron su clásico "grano de arena", o lo que es igual, su pequeño montón de huesos congelados al incremento de un suelo que nunca conoció la caricia de un arado ni recibió el homenaje de una lágrima de añoranza.



“... laberintos inacabables de charcos de todos los tamaños...”

Dawson City enriqueció, más que a los afortunados que dieron con vetas auríferas, a la literatura, a la fantasía, a los guionistas cinematográficos contemporáneos, y por sobre todas las cosas, a los tahúres, usureros, cantineros y damas galantes que despojaban a los andrajosos aventureros que caían entre sus garras.

Imposible llegar al Klondike y a Dawson City sin cerrar los ojos con la ilusión de, al volver a abrirlos, encontrarse de manos a boca con Charles Chaplin, grotescamente plantado, gesticulando en despropósito atenido, los pies irreconciliablemente divorciados; el hongo ciudadano en la cómica cabeza, los grandes ojos tristes y el bigotillo erizado, el blande bastón de caña en la diestra, escenificando la caricatura de “La Quimera del Oro”, retrato al natural de la codicia en pinceladas ingenuamente grandiosas.

La Capital del Territorio del Yukón, a orillas del gran río de ese nombre, es White Horse, ciudad de 11.000 habitantes. Su aspecto es el casi común a las comunidades rurales

norteamericanas. Algunas casas tienen la típica forma de las cabañas de leños que grabados y cuadros han reproducido en abundancia, pero en su interior son cómodas y modernas. Bancos, buenos almacenes, magníficos hoteles, gente bien vestida, su población es 90 por ciento blanca y 10 por ciento india. Es el paraíso de la pesca, con truchas deliciosas de hasta 85 libras de peso. A 80 kilómetros de Alaska, está unida por una carretera de primer orden a Fairbanks así como a Vancouver.

La región es muy activa particularmente en minería. El zinc y el plomo amalgamados en un mineral del que tienen que ser separados mediante un complicado proceso, son extraídos del fondo de yacimientos muy ricos. Una mina, la Anvil Mine situada cerca de la pequeña ciudad de Faro lo hace así desde hace cuatro años para fines de exportación. Ese nombre “Faro” que pudiera inducir a la idea de algún conquistador español hasta en esas latitudes, tiene empero la marca característica de la época de su partida de nacimiento, pues en la cuna fue bautizada con el nombre de un juego de azar muy en boga a la sazón.

En White Horse recibí la visita del matrimonio Kennedy, padres adoptivos de la niña guayaquileña Victoria Rea, quien aspira a adquirir un título profesional en el arte del corte y confección. Los Kennedy me hicieron mil y una preguntas sobre el Ecuador, y aspiró a que las informaciones que les proporcioné les habrán reafirmado en su decisión de hacer cuanto antes una visita a la patria de Victoria.

EL ARTICO. Al sobrevolar el Círculo Polar Ártico, la tradición impone a los pilotos hacer dar un corcoveo al avión y luego ofrecer a los pasajeros un certificado de afiliación al “Capítulo de los Osos Polares” de la “Orden de los Aventureros Árticos”. El panorama cambia de súbito en las proximidades del gigantesco Delta del río Mackenzie, dédalo de canales a orillas de uno de los cuales está asentada la ciudad de Inuvik, centro administrativo y de exploración petrolífera, de unos 3.000 habitantes, mitad blancos, un cuarto indios y un cuarto esquimales. Uno de sus edificios principales es la iglesia católica, administrada por el misionero belga, padre Adam, con 35 años de residencia en la región. La iglesia tiene la forma de un iglú gigantesco; en verdad, es lo único que recuerda la clásica vivienda esquimal de hielo, pues gracias a la sofisticada tecnología moderna, el tipismo ha dejado de existir en el Ártico. Parece ser que en alguna aldea esquimal queda, para muestra de lo

que un día fue el hogar tradicional de los nativos polares, un iglú... de plástico, por ese motivo probablemente repulsivo. Las habitaciones actuales son casas vulgares, pobres por dentro y por fuera. Y en cuanto a la movilización, los trineos tirados por equipos de perros atraillados, son cosa de la historia: apenas queda una escasa docena de esos grupos de lanudos, fuertes y mal encaranados canes. Los nativos se mueven hoy pasajeros de unos horribles aparatos a motor, especie de motocicletas con patines, llamados "snowmobiles" o "skydoos", tan bulliciosos y peligrosos como ellas mismas y que a causa del ruido que producen están produciendo problemas de sordera en los delicados oídos esquimales acostumbrados al solemne e imperturbado silencio ártico.

Indios y esquimales conviven ahora serenamente, respetando sus respectivas zonas y cotos de caza, divididos por el Delta del Mackenzie. No siempre fue así, desde luego, y el mismo nombre "esquimal", que es desconocido entre los hombres de esa raza, no es sino una denominación peyorativa y generalizada, endosada por los indios algonquines, que significa: "comedores de carne cruda", delicada alusión a esa costumbre..... esquimal.

En Inuvik pudimos asistir a una clase de geografía en la magnífica escuela del lugar. Los alumnos identificaron en el mapa con alguna dificultad y ciertas vacilaciones los países respectivos de los visitantes. Salvo tratar de encontrar a Grecia en la Oceanía y a Ghana en el centro del Estado norteamericano de Texas, todo anduvo más o menos bien.

TUKTOYAKTUK. Situada a orillas del Océano Ártico y a 70 grados de latitud norte, Tuktoyaktuk o "Tuk" tiene una población de 500 habitantes. La topografía de la región es la de un terreno muy plano, salpicado de lagos congelados casi todo el año y carentes de drenaje, ideales por tanto como lugares de incubación de los miles de millones de mosquitos que infestan la región y la hacen invivible en verano. En este sector del norte de la frontera boscosa, de vegetación rala conviven el oso polar, el lobo de la estepa, el castor, el muskrat y otros animales perseguidos por el hombre para adornar con sus pieles a sus mujeres. Una característica regional la constituyen unos montículos cónicos de hasta 30 metros de altura, con aspecto de volcanes pigmeos, llamados "pingos". Como son congelados en su interior, el que está asentado en Tuk sirve de refrigeradora comunal.

El padre francés Lemeur, con 27 años de residencia y apostolado ártico me transmitió el saludo de UNA ECUATORIANA, vecina del lugar, que sabía de mi presencia allí. Como es natural, pedí conocerla sin pérdida de tiempo, y por fortuna lo conseguí. Se trata de la hermosa manábita (aunque eso sea casi un lugar común) señora Mercy Santos de Klein, pot matrimonio con un caballero californiano, profesor en la escuela de Tuktoyaktuk. Tiene una

hijita "esquimal", pues nació allí. Reside en la población desde hace tres años. Me informo que es muy feliz allí, y si ella lo dice..... así tiene que ser!. En los pocos minutos que pude estar y conversar con ella, hablamos sin parar de la lejanísima pero siempre presente Patria. Supe que nació en Bahía de Caráquez y que desde su llegada al Ártico era la primera vez que hablaba en castellano.... y se le notaba!

Dentro de todo hombre cual más, cual menos hay un montón de vanidades, ocultas, reveladas, inofensivas, no tanto..... pero de las verdades bíblicas, ninguna como la sentencia demoleadora del Eclesiastés: "Vanitas vanitatum, et omnia vanitas". "Yo fue el primero en tener tal cosa", "yo lo fui en ver tal otra", son pequeñas muestras de bobalicona vanidad. Ese que yo llamaría "complejo de pionero" me duró a mi menos de dos horas: un locutor de la CBC, cadena nacional de radio difusión me entrevistó, y yo aproveché para hablar sobre el Ecuador y sus realidades. Hubiera jurado entonces que la mía era "la primera voz ecuatoriana escuchada en el ártico". Más, para mi desencanto, al final de la comida típica que se nos ofreció, con bifitecs de caribú que -todo es cuestión de costumbre- podían haber sido menos corceosos, se acercó a mí una pareja de prominentes invitados de raza esquimal para decirme que son asiduos oyentes de la Voz de los Andes, nuestra voz ecuatoriana para el mundo entero, verdadera amiga de los ecuatorianos ausentes.

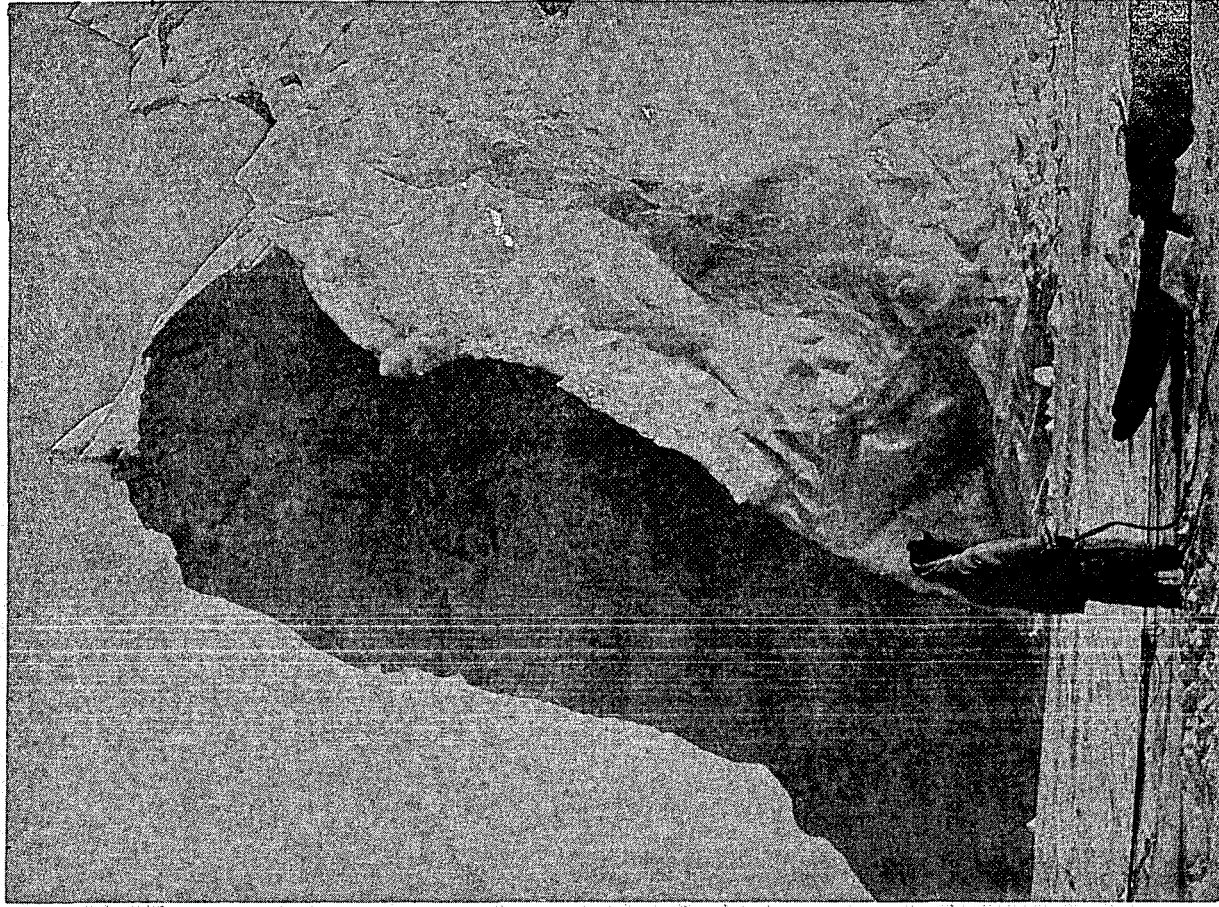
LOS TERRITORIOS DEL NOROESTE. Todo queda muy lejos de todo en el Canadá. He perdido la cuenta del número de horas de vuelo, entre una parte y otra. Creo que medio día después de salir de Inuvik arribamos a Yellowknife, capital de los Territorios del Noroeste y la mayor comunidad en esos contornos; a orillas del inmenso lago del Gran Esclavo. Antiguo asiento de intercambio de pieles, es hoy una floreciente ciudad moderna, con hoteles de lujo, teatro, hospital, biblioteca y centros recreativos. En sus inmediaciones hay una importante mina de oro en explotación, la Giant Yellowknife Mine. En el extremo opuesto del lago, Hay River es también un centro minero. Allí nos ocurrió la parte de aventura que en el fondo todos anhelábamos: al volar de regreso al Yellowknife el piloto fue notificado acerca de la desaparición de un pequeño hidroavión que había perdido contacto con la torre de aeronavegación, y se le pedía su colaboración para encontrarlo. Impresionados, todos nos pegamos a las ventanillas de nuestro avión, aspirando a la aureola del salvamento, y en realidad, a poco más de media hora de intensa búsqueda fue nuestra nave la que localizó al extraviado en una pequeña rada donde había debido acuatizar de emergencia. Pero el héroe no fue ninguno de nosotros, sino el copiloto.

Fort Smith, en pleno territorio indio, fue la última localidad visitada antes de volver a Ottawa via Winnipeg, la metrópolis de las praderas, capital de

la provincia de Manitoba, urbe moderna de casi un millón de habitantes, buenos canadienses de ascendencia inglesa, ucraniana, italiana, pakistana e india, griega, portuguesa, judía y alemana. En Fort Smith, asiento de un Parque Nacional inmenso donde viven miles de búfalos, visitamos una espléndidamente bien equipada y dirigida escuela vocacional para indios, pero con comprensible desencanto se me confió que los resultados obtenidos eran lamentablemente pobres, pues la gente de la región no estaba interesada en abandonar sus hábitos tradicionales de vida (caza y pesca) y en ocuparse en las horas dedicadas a ingerir tremendas cantidades de alcohol en menesteres de rendimiento económico, en vista de que encuentran más cómodo vivir de su renta de Seguridad Social para desocupados.

El objetivo de la invitación se había cumplido: proporcionar a los representantes de naciones amigas del Canadá una visión objetiva de la vasta área situada al Norte del paralelo 60, el Artico canadiense, su ambiente, sus posibilidades y sus realizaciones; la obra de infraestructura, las dificultades logísticas y las complicaciones sociales y ecológicas propias de un medio tan suigeneris. Esa visión, aunque fugaz, fue efectivamente suficiente y totalmente persuasiva y útil para redondear el concepto de que el Canadá por su potencial, por su progreso, y por su propio esfuerzo no es una tierra de futuro; es una magnífica realidad.

Ottawa, Otoño de 1972.



"Es el reino de las grandes sombras, de los gigantes mitológicos, de los eclipses de medio año"